

Bueno, ¿y qué pasó en Chiapas?

La última época glacial, donde hizo mucho pero mucho frío, ocurrió hace miles de años, y nuestra tierra chiapaneca sirvió como refugio para la fauna que escapaba del intenso frío del norte del continente, convirtiéndose así en un puente entre Norte y Sudamérica.

¡Imagínate por un momento qué variedad de vida existía en nuestro estado en aquel entonces! ¿Qué te parece si nos acompañas a un viaje al pasado? Siéntate cómodamente porque emprenderemos...

Un viaje asombroso

Ámbar y Miguel fueron con el abuelo Toño de visita a Simojovel. Ahí les platicaron que el ámbar es resina vegetal convertida en fósil.

—¿Qué es un fósil, abuelito? —preguntó Miguel.

—Son evidencias de organismos que vivieron hace muchos miles de años, y que quedaron preservados en un tipo especial de roca o en la resina, como es el caso del ámbar.

—¿Alguien se dedica a estudiar fósiles, abuelito? —preguntó Ámbar.

—Efectivamente. Ese es el trabajo de los paleontólogos. Ellos son quienes interpretan el pasado de la Tierra, a través del estudio de los fósiles.



Los dos niños quedaron tan entusiasmados con ser paleontólogos, que el sábado muy temprano fueron a un bosquecillo cerca de su casa, con la intención de encontrar algún fósil. Ámbar era quien más prisa tenía por llegar al bosque, pues estaba segura de que podrían descubrir el fósil de un mamut o quizá de una planta antigua.

Lo que nunca imaginaron, es que encontrarían a un anciano con el rostro lleno de arrugas, que parecía buscar algo en la tierra.

—Buenos días —saludó Miguel, muy educado—. ¿Se le perdió algo? Si gusta podemos ayudarlo.

—Muchas gracias, hijo —respondió el anciano—. Estoy buscando un recuerdo de mi pasado, y no sé si ustedes, aunque lo vieran, pudieran reconocerlo.

—¿Qué busca? —preguntó Ámbar—, si nos dice, quizá podamos ayudarlo.

—Bueno —dijo el anciano—, estoy buscando un fósil.

—¿Un fósil es un recuerdo de su pasado? —preguntó Miguel—. Eso significaría que usted tiene muchísimos años y no creo que esté tan viejo.

—Soy más viejo de lo que puedan imaginarse —dijo el anciano—. Me llamo Saspalanguí, soy el dueño y señor del cerro del Gavilán y nací casi al mismo tiempo que mi hermano Ik, el dios del viento.

—¡Qué nombre tan raro tiene usted! —dijo Ámbar.

—Será mejor si me dicen Abu. Es más fácil de pronunciar y difícil de olvidar.



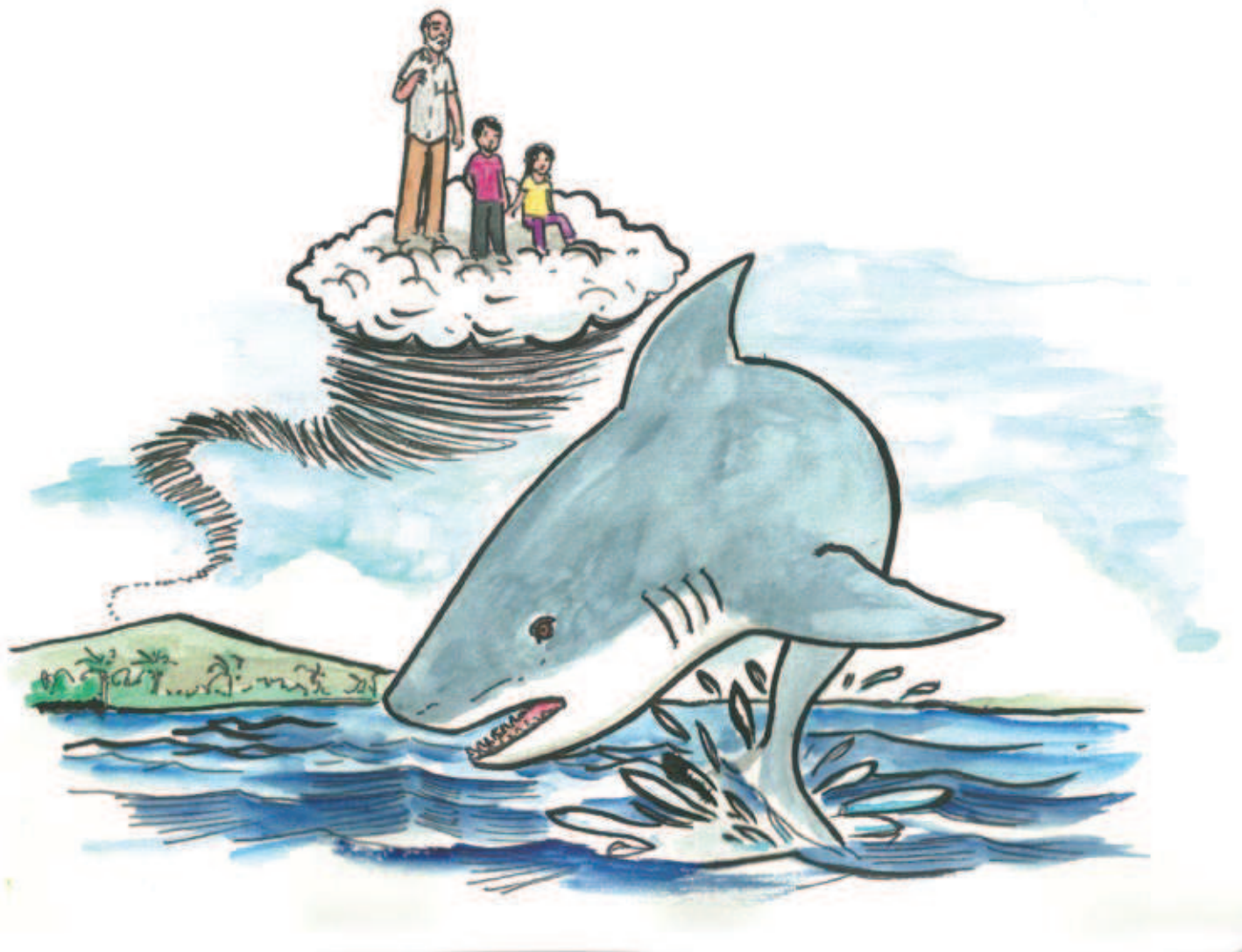
—A mí me habría gustado conocer la vida en el pasado —dijo Miguel.

—Pues si les interesa —respondió Abu—, yo puedo invitarlos a viajar al pasado y entonces sabrán cómo era Chiapas en épocas tan lejanas, que ni siquiera había seres humanos por aquí.

—Viajar al pasado es imposible —dijo Ámbar, un tanto decepcionada.

—Nada es del todo imposible —respondió Abu—. Con la ayuda de mi hermano podríamos conocer tiempos muy antiguos.

—¡Sí, queremos viajar!—, respondieron los dos niños y pronto se formó un torbellino que los elevó por los aires y fue capaz de llevarlos volando al pasado.



De pronto los niños se descubrieron viajando en una nube que flotaba sobre el mar. Junto a ellos estaba Abu, sonriendo muy contento.

—¿Dónde estamos? —preguntó Ámbar, sorprendida.

—Hemos viajado varios millones de años atrás—le respondió Abu—, y ahora vamos volando sobre lo que algún día será Copoya.

—Pero en Copoya no hay mar —dijo Miguel.

—En este tiempo sí había —dijo Abu.

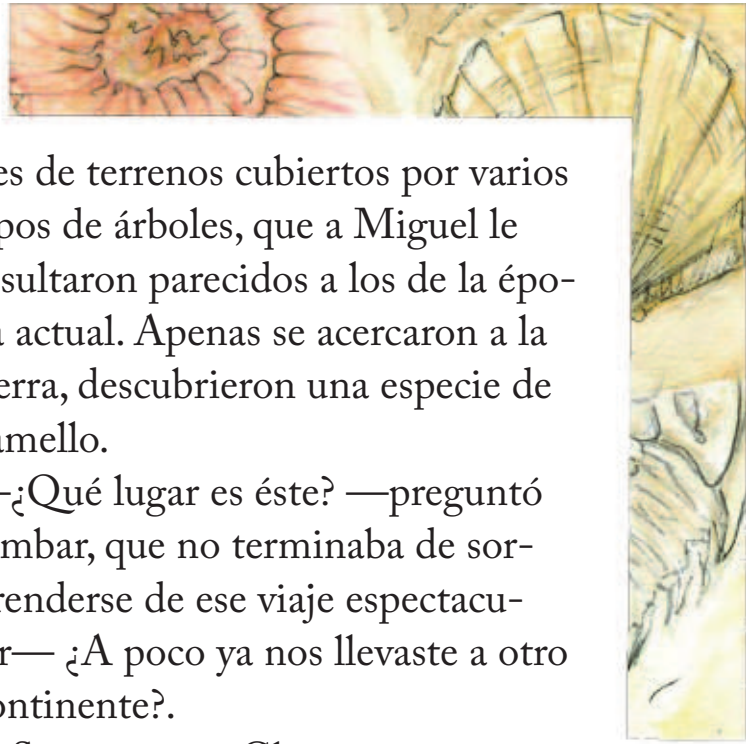
—¡También había mucho calor!

—se quejó Ámbar.

—Tienes razón —le dijo Abu—.

¡Miren!... ¡Un tiburón!

En ese momento vieron cómo un tiburón daba un salto fuera del agua y luego se sumergía de nuevo en el mar. Les hubiera gustado observarlo más tiempo, pero el torbellino los envolvió de nuevo y los llevó a otra época.



A los pocos segundos los dos niños y Abu aparecieron en una zona con bastantes árboles.

—¿Ahora dónde estamos, Abu?

—preguntó Miguel.

—Le pedí a mi hermano Ik que nos detuviéramos un ratito en esta época, porque veremos algo que puede interesarles —dijo Abu.

—¿Qué es eso tan importante?

—preguntó Ámbar, quien estaba sufriendo por el muchísimo calor que se sentía.

—¿Ven esos árboles de guapinol que están derramando su resina?

—dijo Abu, y como los dos niños asintieron con la cabeza, continuó—, bueno, pues mucha de esa resina irá a parar bajo tierra, con los años se fosilizará y se convertirá en ámbar, como tu nombre —le dijo a la niña. —Es decir que este lugar, en el futuro, se llamará Simojovel —dijo Ámbar.

—Efectivamente —respondió Abu—. Pero vamos, viajemos un poco más...

Apenas terminó de decirlo, el remolino los envolvió y los elevó hacia el cielo. Aparecieron volando sobre una nube, desde ahí vieron que estaban cerca de la orilla del mar, aunque también había grandes extensio-

nes de terrenos cubiertos por varios tipos de árboles, que a Miguel le resultaron parecidos a los de la época actual. Apenas se acercaron a la tierra, descubrieron una especie de camello.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Ámbar, que no terminaba de sorprenderse de ese viaje espectacular— ¿A poco ya nos llevaste a otro continente?.

—Seguimos en Chiapas —respondió Abu.

—No puede ser —dijo Miguel—. Aquí hay mastodontes y... ¡Un rinoceronte!

Era cierto, un rinoceronte muy antiguo corría a toda velocidad, quizá jugando.

—Aunque no lo crean, con el tiempo esta zona será llamada Ixtapa y Soyaló.

—El mar está muy cerca de nosotros —comentó Ámbar.

—Tan cerca que está cubriendo parte de Simojovel y Ocosingo... por eso ahí encontrarán fósiles de tiburones y otros animales marinos

—Algunas plantas se parecen a unas que hay por mi casa —dijo Miguel.

—Muchos millones de años antes de que ustedes nacieran, ya existían varias plantas que siguen presentes

en la Tierra, entre ellas hay varios helechos —le contestó Abu.

Ámbar estaba por mencionar que había descubierto unas ranas y a varias lagartijas, cuando el remolino los envolvió y los hizo volar por los aires, para aterrizar en una llanura. De repente, Abu les pidió silencio a los niños y les dijo que se acercaran. Pronto descubrieron la preocupación del anciano, pues unos antiguos leones americanos estaban preparándose para cazarlos.

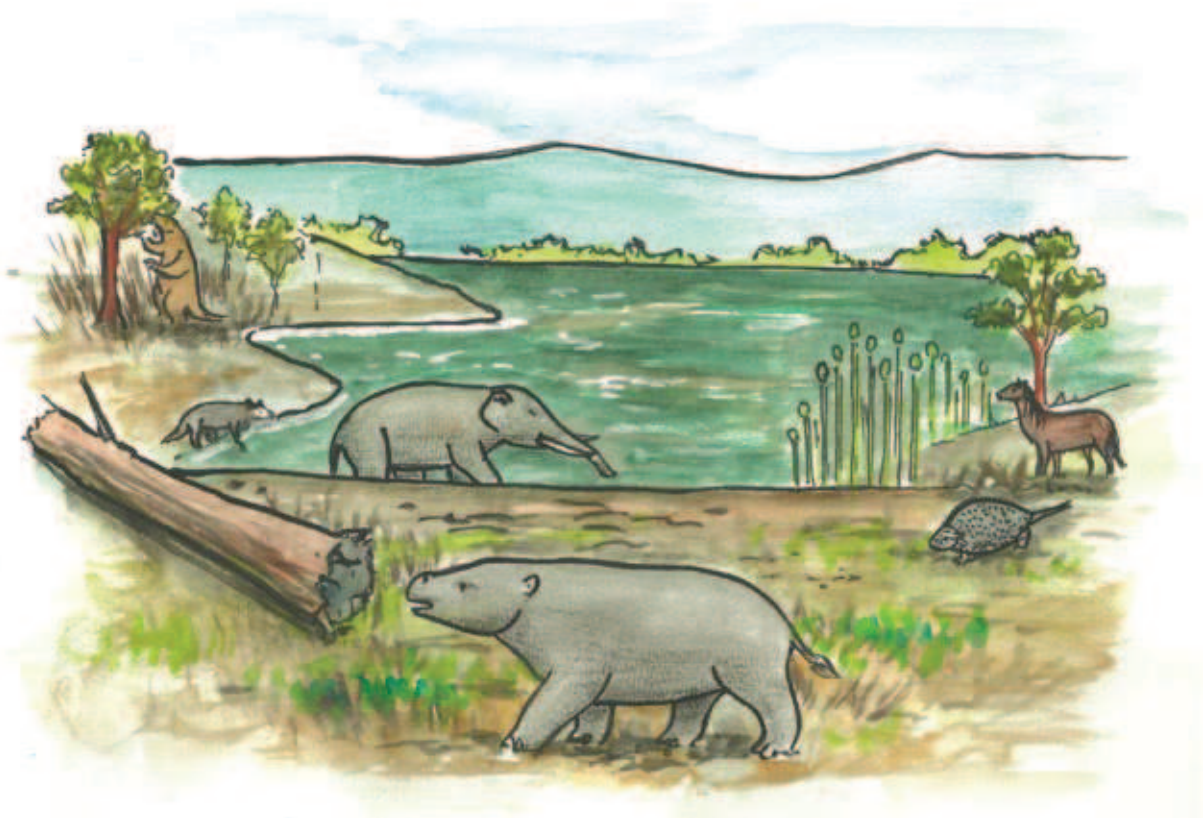
Ik, quien estaba muy atento, sopló para subirlos a una nube y desde ahí vieron que en ese tiempo, en Chiapas, si bien había grandes exten-

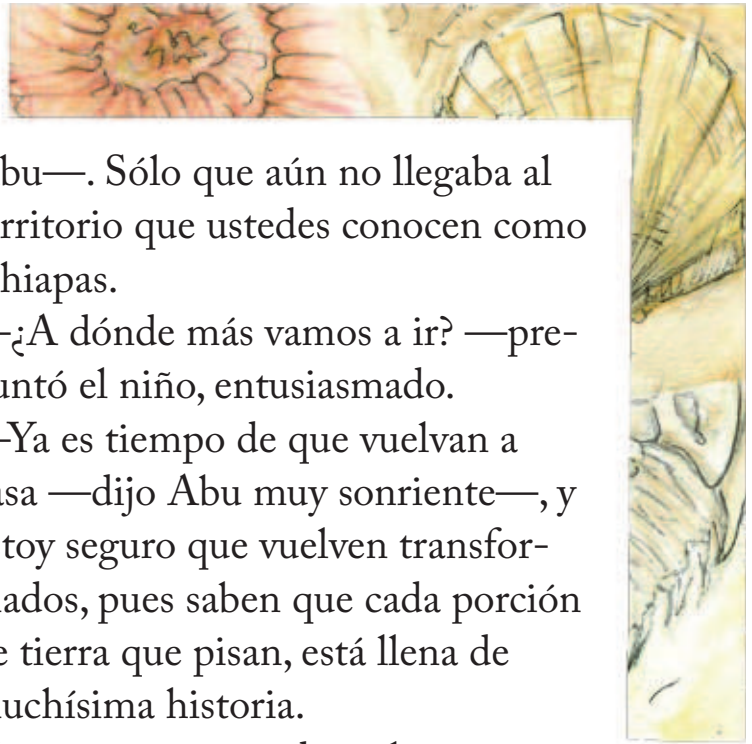
siones de llanuras, también podían verse manchones de selva.

Mientras volaban sobre lo que ahora llamamos Suchiapa, Chiapa de Corzo, Villaflores, Villa Corzo y la Concordia, pudieron ver tortugas, bisontes, venados cola blanca y un gran perezoso gigante.

—¡Esto es increíble! —dijo Miguel emocionado al ver a un mamut, mientras Ámbar observaba una manada de lobos y a un oso descansando cerca de un río.

—Abu, ¿por qué estos animales no siguieron vivos? —preguntó Ámbar. —Ah, es que justo durante esta época ocurrieron las glaciaciones, es





decir, hubo tanto frío que grandes extensiones de tierra se cubrieron con una capa de hielo y, aunque estos animales estaban adaptados a ese clima, debieron sufrir los resultados de ese clima cambiante.

—¿Quieres decir que empezó a hacer más frío? —dijo Miguel.

—Así es —afirmó Abu—. Al desaparecer las zonas de pasto, los animales como los mamuts y mastodontes no tenían qué comer y pasaban hambre. Además tenían pocos hijos y, lentamente, se fueron haciendo menos hasta que no quedó ninguno. Casi todos los animales que pesaban más de 50 kilos desaparecieron.

—Pero otros sí lograron sobrevivir, ¿verdad? —dijo Ámbar.

—Así es, entre ellos los insectos...

¡Como ese zancudo en tu brazo!

—dijo Abu y espantó al zancudo para que fuera a buscar comida a otro lado.

—Como les dije antes —continuó Abu—, también hay plantas que sobrevivieron, como el maíz y la palma cola de pescado. Pero hay muchas más.

—¿En este tiempo existían los seres humanos? —preguntó Miguel.

—Para este momento ya apareció el hombre antiguo —respondió

Abu—. Sólo que aún no llegaba al territorio que ustedes conocen como Chiapas.

—¿A dónde más vamos a ir? —preguntó el niño, entusiasmado.

—Ya es tiempo de que vuelvan a casa —dijo Abu muy sonriente—, y estoy seguro que vuelven transformados, pues saben que cada porción de tierra que pisan, está llena de muchísima historia.

Un suave viento rodeó a los niños y una intensa luz los deslumbró.

Cuando pudieron ver nuevamente, se descubrieron solos a la orilla del bosque.

Contentos, decidieron dejar la búsqueda de fósiles para otro día y prefirieron ir a casa, para contarles a sus papás cómo habían realizado el viaje más asombroso del mundo.

Luis Antonio Rincón García